

Toledo, anno domini 1314



Estimado Augusto Negrevernís:

Me dispongo a escribiros a mi llegada a la hermosa y convulsa ciudad de Toledo para advertiros del peligro que os acecha en el camino hasta aquí.

Crucé los Pirineos hace algunos meses, como ya os expliqué que haría, para dirigirme a Barcelona donde el Conde Muñoz de Blanco me esperaba. Debía reunirme con él ya que mi sire así lo requería, era preciso que recogiera un libro en enochiano que había sido prestado al Conde Muñoz hacía ya tres años, pues el Conde se demoraba en su devolución.

Al llegar a su modesto castillo fui agasajada tal y como cabía esperar. Me condujeron a la presencia del Conde, un hombre viudo y ya algo mayor miembro del clan Ventrue. Sus maneras eran las propias de un caballero, se interesó por los contratiempos de mi viaje, así como por las noticias de mi amado sire, e incluso había preparado una fiesta para que mi estancia en Barcelona fuese grata. No obstante, pospuso el tema del libro hasta la noche siguiente, cuando la fiesta hubiese acabado. Me contrariaba su evasiva respecto a la devolución del libro de mi sire, pero acepté sus excusas para no parecer descortés.

El banquete transcurrió con la habitual monotonía, las conversaciones eran intrascendentes y la orquesta no tocaba tan bien como los músicos de las fiestas de los Toreador. Sin embargo, el ambiente era tenso, extraño, yo presentía que bajo aquella apariencia de normalidad se escondía algo. Entonces me percaté de que entre los mortales había un vástago del cual el Conde no me había

hablado. Ciertos nobles le observaban con inquietud, casi se diría que con ansiedad.

El vástago se encaminó hacia la salida con paso lento y, de forma casi simultánea, los cuatro nobles que le estaban vigilando se dirigieron a la salida. No necesito explicarte, Augusto, querido amigo, como los seguí, permíteme que guarde mis poderes en secreto, pero el caso es que yo también me marché con la intención de averiguar qué estaba pasando.

El cainita y los cuatro caballeros partieron a caballo sin ni siquiera hablar. Después de media hora campo a traviesa, llegaron a una mansión en medio del bosque. Todas las luces estaban apagadas, los cinco hombres desmontaron y se dirigieron al interior de la casa.

“Ahora ya saben lo que deben hacer-dijo el cainita-entréguenme el oro que acordamos y podrán gozar de la doncella.” Todos hicieron entrega de una cantidad desorbitada de oro, demasiado para pagar a una meretriz, pues aquellas suman equivalían a un tercio de sus bienes.

El primero de los nobles, aquél que más dinero ofrecía, fue conducido por el vástago a lo largo de un pasillo hasta unas escaleras. “Entre en la puerta que hay al final de las escaleras, pero antes descálcese... Ella le dirá el resto”, le explicó. Al abrir descubrir el interior de la habitación me quedé asombrada...



La luz era tenue y procedía de unas antorchas al fondo de la estancia; no había suelo, es decir, debía haberlo, pero lo único que se veía era agua. Un agua oscura, espesa, extraña, de la cual surgió la mujer más bella que jamás mis ojos vieron. Estaba de espaldas y,

poco a poco, fue saliendo del agua y se dirigió a un altar. Sin necesidad de mirarlo, el hombre se desnudó y se introdujo aquel agua que casi le cubría por completo. Mientras la dama empezó a recitar oraciones para mí desconocidas y el agua empezó a agitarse cada vez con más

violencia. El caballero parecía que iba a ahogarse, pero ella ni siquiera le miraba, estaba absorta en su rezo. De repente, la dama enmudeció, el agua se calmó y el hombre alcanzó la otra orilla. Ella le habló en una lengua desconocida mientras que le invitaba a tumbarse sobre el altar, él asentía como si estuviese hechizado o poseído por su voz. Entonces comenzó a esparcir unas cenizas a la vez que continuaba con sus cantos. Cogió una daga ritual con la que realizó diversos cortes sobre el cuerpo del varón y cercenó su sexo. Lo tomó entre sus manos mientras que el hombre gritaba consumido por el dolor y se lo comió.

En ese momento pronunció la única palabra que yo pude entender: Set, y de pronto su cara y su cuerpo se transformaron en una serpiente de tamaño descomunal que devoró el corazón del mortal que yacía sobre el altar. Concluido el ritual, la mujer recobró su forma habitual y arrojó el cadáver al agua, en la que ella después se sumergió por completo.

Otro de los nobles llamó a la puerta y entró, de nuevo ella surgió del agua, aún más hermosa que antes, no podía dejar de mirarla y entonces me di cuenta de la serpiente que tenía tatuada en la espalda... Era una hechicera setita ofreciendo almas para satisfacer a su dios Set, despojando a los mortales de su aliento vital para aumentar la fuerza de Set entre los hombres y conducirlos a su reino de corrupción.

Yo ya he visto ese reino, pues presencié todas las muertes presa de la belleza de la hechicera, por eso estoy en un monasterio cristiano de Toledo expiando mis pecados y tratando de alejarme del camino de Set, mi corazón le llama...

**Atentamente,
Michelle Delacroix**

